

González Larrea

E S T A T U A S

Hace unos meses, a raíz del histórico 20 de Mayo, que el Sr. Enrique José Varona me pareció más filósofo que nunca, verdaderamente dotado de condiciones ultra-filosóficas: había logrado hacer totalmente, en su inteligencia, lo contingente, lo relativo, para no mirar, en una cosa fea que le inspiró pensamientos bellísimos, sino lo que la cosa simbolizaba, ó quería simbolizar, lo abstracto y superior que contenía, ó intentaba contener; y, poniendo (como quería Hegel) en una acción y objeto singulares, algo de general, dedicó un inspirado artículo, en este mismo semanario, "A la nueva estatua del Parque"!

Bouquet de intenso perfume, compuesto de delicadas flores intelectuales, fué sin duda el artículo aquél; y lo leí con el agrado, y aún el respeto, con que leo cuanto sale de la pluma del docto y genial escritor; pero, mientras lo leía, no podía apartar de mí la deplorable figura de calamina (no la creo de bronce) que motivaba aquellos renglones exquisitos; y, mucho menos filósofo que el Sr. Varona (no hay ni que decirlo), la veía ante mis ojos, empañando el brillo de aquella prosa, poética al par que honda, con la sombra que sobre la misma arrojaba, con su incongruente color de chocolate, que tan mal sienta a aquellos de lo que parece ser emblema, esto es, a la República.

!Qué desgracia! El pedestal, desde Enero de 1899, había permanecido vacío. El Figaro abrió una especie de concurso para que opináramos, algunos, ó muchos, qué estatua debía ponerse en

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

él. Yo voté por Cristóbal Colón, que preside hoy, literalmente emboscado, el patio del histórico Palacio de los Capitanes Generales, ahora mansión de nuestro Presidente; porque me parecía que a ese pedestal, que fué un tiempo su casa, debía, por muchos títulos, ser Colón restituído. Fué mi parecer entonces algo así como un recurso de "amparo en la posesión", entablado en interés del gran navegante y con el que me anticipé al Sr. Miguel Gener, que ingertó este "recurso" en el ya copudo árbol de nuestro "enjuiciamiento civil"; pero había pasado más de un año del despojo y la acción posesoria de Colón parece que estaba prescrita!

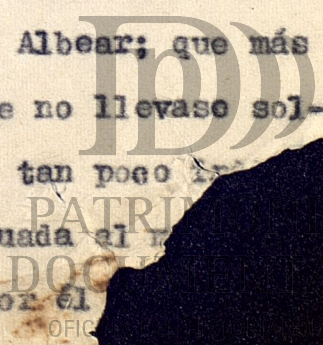
Al fin, después de largo tiempo de figurar ese pedestal entre las casas vacías de la Habana, instalóse en él la "nueva estatua", que dió muestras en el acto de haber tenido serio disgusto con el Sr. Albear, volviéndole la espalda de muy desconsiderada manera y estrechando su horizonte sensible con la contemplación absorta de la fachada del hotel "Inglaterra", que se encuentra casi al alcance de sus narices.

No eran las estatuas de la Habana cosa excelente: esto es de todos sabido, si se admite que me refiero al promedio, a lo general; pero, al fin, eran todas cosa más pasable que lo que ha sido "la nueva", con la cual se inició un estrepitoso periodo de mal gusto artístico, cuya más genuina y colosal representación fué el arco triunfal (frustrado) que erigió, a medias, en Neptuno y Prado, el Partido Republicano; y cuya extirpación definitiva arrancó, sin duda, un suspiro de satisfacción, no sólo a los amantes del arte, sino también (estoy seguro de ello) hasta al más despreocupado y anti-artístico

de los motoristas de la línea de "San Francisco", que lo debían ver ya, hasta en sueños, como una pesadilla.

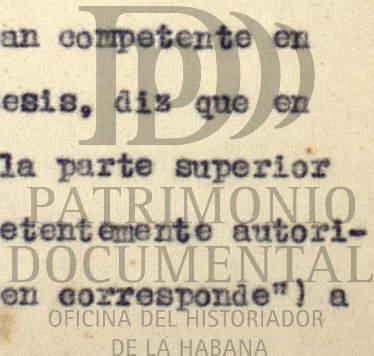
Por fortuna esos preludios no han tenido hasta ahora ulteriores consecuencias; pero como nuestro Congreso se ha preocupado de que se satisfaga la necesidad, conjuntamente artística, piadosa y patriótica, de erigir algunas estatuas en la Habana a algunos desaparecidos que las merecen, hême echado a temblar, en mi fuero interno, conjeturando que pueda la galería escultórica futura acentuar enérgicamente la demostración de que, sin haber llegado jamás a la verdadera edad del arte, ha entrado nuestro arte en el sendero escabroso de una estupefaciente decadencia.

Yo no soy competente en materia de escultura; pero esta es razón de más, dado lo que hoy se estila, para que sobre tal materia opine. La condición más propia, en la actualidad, que puede tener un hombre para meter la cucharada en un asunto cualquiera, es no saber de él una palabra; y esto supuesto, no se me puede negar mi derecho a tratar el tema que estoy tratando. Y, al tratarlo, digo que, en lo sucesivo, no deben hacerse más estatuas de mármol que representen militares, sino de bronce; porque, haciéndolas de mármol, habrán de representarse siempre con la espada envainada; y aún la misma espada tendrá que ir apoyada al militar representado, ó a su caballo, por esos trocitos del mismo mármol, tan desgraciados, que me saltan a los ojos cada vez que miro la susodicha estatua del general Albear; que más valía, para mi gusto, que fuera desarmado, que no llevase soldada a su pierna izquierda la indicada vaina, tan poco interesante en el ilustre ingeniero y tan poco adecuada al monumento el cual la Habana le erigiera ese monumento por él



Otra cosa que no querría yo para las futuras estatuas, es que las vistiesen como para asistir a un baile de trajes, lo cual es bastante usado (lo confieso); pero arriesgado también a deplorables caídas en lo cursi. La vestimenta antigua, aplicada a hombres modernos, me parece un convencionalismo aceptable si en la vida de ellos algo hubo que los hizo representantes de otra edad ó de ciertos sentimientos ó ideales de los cuales es representación, a su vez, más ó menos alegórica, el traje con el que se les viste. De otro modo, no me gusta el género; que es, por lo demás, muy peligroso, ya que expone, si no está muy discretamente manejado, a grandes saltos de trampolín sobre la arena del ridículo. No concibo, por ejemplo, al tragi-cómico rey Fernando Séptimo (buen monarca, por lo demás, para estas "sus Indias"), vestido como viste su estatua de la Plaza de Armas, ni sé qué simbolizan su golilla y aquella especie de desgraciado bonete que le puso en la mano el escultor que lo cincelara en el mármol que lo representa, en traje tan inadecuado a su personalidad histórica, como pudiera serlo, para una estatua del Sr. Xiques, pongo por caso, el que se le representara en traje propio de Cicerón, de Pitt ó de Cavour.

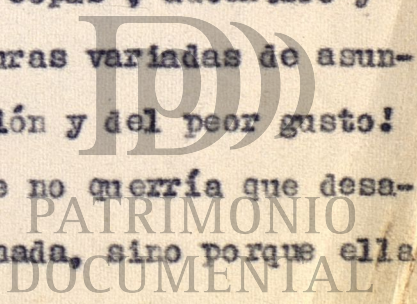
No pasa así con el rey Carlos Tercero. Su estatua es, sin duda, la mejor que poseemos. Es fama entre nosotros que procede de Canova, aún cuando se me ha dicho que tal cosa es negada por mi buen amigo el Sr. Ezequiel García, tan competente en asuntos tales; el cual, para demostrar su tesis, diz que en cierto día, se trepó en una escalera hasta la parte superior del pedestal, é hizo trepar (todo ello competentemente autorizado por aquellos de quienes se dice "a quien corresponde") a



algunos de sus amigos, que pudieran ver como la firma del gran escultor no aparecía, sino otra distinta, en la estatua en cuestión. Pero, en fin, de Canova ó de otro, a mi mucho me gusta, con su hermoso traje regio, con su noble actitud, con la gracia solemne que supo darle el cincel de su creador; si bien la desluzca muchísimo el triste muñón que hoy presenta en donde estuvo su mano derecha, mano que yo recuerdo haber visto sana, empuñando corto bastón de mando ó largo rollo de pergamino (no me acuerdo bien), no hace tantos años, muy poco antes de mi ausencia forzada de Cuba en 1896; mano cuyadesaparición, por lo que afea, deplorarán todos los que tengan sentimiento de lo bello, y celebrará tal vez, únicamente, por lo que firmara en un día la de carne y hueso de la que era efigie, algún que otro miembro de la "Compañía de Jesús".

¡Lástima que esté tan mal acompañada! El Paseo de Tacón, al que esa estatua ha impuesto el nombre de "Paseo de Carlos Tercero", parece que fué llevado a cabo por algún aficionado a la baraja que tenía predilección por el "palo de copas". Al lado mismo de la hermosa imagen del citado rey hay dos columnas desgraciadas, que ostentan sobre su capitel un "as de copas" cada una. Más adelante, otro "as de copas" preside a una de las fuentes; un poco más hacia el castillo del Príncipe, otra fuente ostenta sobre su pilón nada menos que "un cinco de copas", auténtico y legítimo. ¡Digo!, y esto, amén de unas figuras variadas de asunto mitológico, de la más deplorable ejecución y del peor gusto!

Sin embargo, de esas figuras hay una que no querría que desapareciera, no porque artísticamente valga nada, sino porque ella



envuelve, producto de la casualidad y de una serie de cosas traídas por ésta, una curiosísima y adorable ironía. Me explicaré. A la falda del castillo, al final del Paseo, más allá de la calzada de la Infanta, hay una fuente, la última que se levanta a la entrada misma del camino del Cementerio y que está adornada en su remate por una estatua muy mala, como obra artística; pequeña de cuerpo, cargada de espaldas, barbuda, envuelta a medias en un manto cuyos rígidos pliegues, como las duras líneas de su pecho descubierto, recuerdan el estilo griego arcaico, el Apolo de Tenos ó la estela funeraria de Orcomene, cuando más se le quiera conceder de respetable y de rudimentariamente artística. Pero, en cambio, ¡es una estatua de Esculapio! Y ese emblema del semidios de la Medicina en la puerta misma de la triste ruta que lleva directamente a la casa del descanso eterno, me parece, por lo casual, por lo no intencionado, por lo graciosamente inconsciente, la más espiritual de las bromas, macabra y festiva a un mismo tiempo, filosófica y burlona, demostrativa de lo poco que vale el esfuerzo humano, de la inanidad de nuestra ciencia, y de que no hay nada más irónico que el azar, ese tremendo e inaguantable bromista.

Que la dejen ahí, pues, porque tiene un valor ideológico en el sitio en que está, porque encierra toda una serie de ideas, porque resulta supremamente alegórica, cumpliendo así con lo que es (a mi entender) la más alta finalidad de la escultura.

Y que me perdone esta opinión y este deseo la respetable Facultad de Medicina.

J. A. GONZALE LANUZA.

El Figaro, La Habana, noviembre 23 de 1902.

IP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL